

A nuestros hermanos capuchinos y a nuestras hermanas clarisas

Queridos hermanos y hermanas:

"Que la paz que anunciáis de palabra,
la tengáis, y en mayor medida, en vuestros corazones"
(Leyenda de los tres Compañeros, cap. XIV,58)

1. El 22 de enero de 1995 dos jóvenes palestinos cargados de bombas se metieron en medio de una multitud de soldados israelíes, jóvenes como ellos, matándose ellos mismos y matando a 19 israelíes, quedando heridas más de sesenta personas. Poco tiempo después el hermano de uno de los palestinos profería estas palabras:

"Al principio lloré un poco, pero al ver la carne y la sangre de los hebreos me alegré".

Un odio así de violento estremece el sentido de humanidad en lo más profundo de nosotros. Un odio tan violento, que invade nuestro mundo, nos hace sentir, de algún modo, similares al hermano recalcitrante e irritado frente a la sugerencia de Francisco de usar el saludo: "El Señor te dé la paz" (Cfr. Leyenda de Perusa, 67). El hermano se avergonzaba de usar tal saludo, pues le parecía ridículo. Tal vez nosotros no nos sentimos ridículos, pero ciertamente, reflexionando sobre nuestro ministerio en relación a la paz, nos da la impresión de no darle demasiada importancia.

2. Sin embargo, este ministerio de paz y reconciliación es esencial en nuestra vida y en nuestra vocación franciscana. Es impresionante ver cuántas veces habla Francisco de esta misión. Os recuerdo tan sólo algunos pasajes.

"Aconsejo, amonesto y exhorto a mis hermanos en el Señor Jesucristo que... no litiguen ni contiendan de palabra ni juzguen a otros; sino sean apacibles, pacíficos y mesurados, mansos y humildes, hablando a todos decorosamente, como conviene (2R III, 10-11 et alia - Escritos...).

Las palabras subrayadas denotan de algún modo la importancia que Francisco atribuye a esta exhortación.

"El Señor me reveló que dijésemos este saludo: El Señor te dé la paz (Testamento, 23 - Escritos...)

"Son verdaderamente pacíficos aquellos que, en medio de todas las cosas que padecen en este siglo, conservan, por el amor de nuestro Señor Jesucristo, la paz de alma y cuerpo (Adm. 15).

"Anunciaba devotísimamente y siempre esta paz a hombres y mujeres, a los que encontraba y a quienes le buscaban. Debido a ello, muchos que rechazaban la paz la brazaron de todo corazón" (1Celano 10,23).

3. Esta obra de paz y de reconciliación comienza con nosotros mismos, en nuestro corazón, en nuestras fraternidades, en nuestras Provincias.. No lograremos nunca desarraigar el demonio de la violencia en la sociedad humana si no pensamos en primer lugar en la violencia presente en nosotros mismos. Hay una ira y una violencia que hace del mundo un desierto. Nuestras fraternidades y nuestra vida individual no están inmunes de esta enfermedad devastante. Francisco tuvo el coraje de afrontar la violencia, dentro de su corazón, en sus mismas raíces. He aquí un diálogo muy significativo entre Francisco y el Obispo de Asís:

Obispo: "Vuestra vida me parece muy rigurosa y áspera al no disponer de nada en el mundo".

Francisco: "Señor, si tuviéramos algunas posesiones, necesitaríamos armas para defendernos. Y de ahí nacen las disputas y los pleitos, que suelen impedir de múltiples formas el amor de Dios y del prójimo. Por eso no queremos tener cosa alguna temporal en este mundo" (Leyenda de los tres Compañeros, cap. IX,35).

Francisco no comenzó con una crítica del mundo. Comenzó con una crítica de su propio corazón. Francisco encontró la raíz de la violencia en su propia persona, en el deseo de poseer, de tener, de controlar.

4. Estamos llamados a la conversión: "La paz que anunciáis de palabra, la tengáis, y en mayor medida, en vuestros corazones". Para poder destruir la coraza de violencia que existe en nuestro mundo, es necesario primeramente examinar cuidadosamente nuestro corazón. Antes de nada debemos interrogarnos a nosotros mismos: "¿Cuál es la raíz de la violencia en mi persona?"

4.1 *¿Es un individualismo exagerado?* Esto es lo que me induce a usar la violencia contra quien me amenaza o pone en peligro mi derecho a la realización personal y al control personal de mi destino. Es la motivación que fundamenta el "derecho" al aborto y a la reacción violenta, es decir, perversa, contra tal "derecho".

4.2 *¿Nos dejamos llevar de la violencia?* En nuestro tiempo muchos aspectos de nuestra vida están condicionados por la violencia. Con frecuencia, la violencia es parte del juego. Las técnicas modernas de visión y sonido, pueden reproducir con alarmante realismo los acontecimientos más violentos. ¿Cuántas veces nos dejamos llevar de una torpe pornografía difundida por los medios de comunicación? ¿Cuál es el influjo de esta "dieta" de violencia a nivel de tolerancia, de nuestros valores, de nuestra esperanza? Hablando dentro del contexto de virginidad y celibato, el hermano Raniero Cantalamessa nos aconseja prestar atención al formidable poder de seducción que ejerce la imaginación en nuestra sociedad:

"El modo mejor para vencer este poder de seducción de la imaginación es "no fijar la mirada" en esas cosas, no dejarnos "encantar" por las cosas fútiles. Si ponemos nuestra atención en ellas, nos subyugan. Este es el objetivo que persiguen: que las miremos. 'Guarda mis ojos de mirar cosas vanas', nos advierte el salmo (Sal 119,37)".

Estas palabras deben asimismo influir en nuestro esfuerzo para dominar nuestra ira y nuestra violencia. Y el remedio propuesto es válido igualmente: "Alejarnos de las imágenes es más importante y efectivo que privarnos del alimento corporal".

4.3 *¿Aceptamos la violencia institucional?* ¿Puede un franciscano creer en el militarismo, en las formas más represivas de encarcelamiento o en la pena capital? ¿O expresan simplemente nuestros sentimientos de temor o de impotencia?

5. "La paz que anunciáis de palabra, la tengáis, y en mayor medida, en vuestros corazones". Si queremos llevar la paz a nuestro mundo, Francisco nos enseña cómo afrontar honestamente las raíces de la violencia que nos rodea.

"Que todos sean inducidos a la paz, a la benignidad y a la concordia. PARA ESTO HEMOS SIDO LLAMADOS: PARA CURAR A LOS HERIDOS, PARA VENDAR A LOS QUEBRADOS Y PARA CORREGIR A LOS DESVIADOS". (Leyenda de los tres Compañeros, cap. XIV,58).

Debemos reconocer las raíces de la violencia dentro de nuestros corazones. Este es el primer paso. El segundo es destruir la coraza de violencia en nuestra estructura personal, la autosuficiencia que lucha contra el Espíritu de Cristo. Esto es absolutamente necesario si, a semejanza de Francisco, queremos amar al mundo con "corazón desarmado". Es un trabajo lento y penoso que requiere mucha reflexión y mucha paciencia. Es un trabajo que puede ser completado solamente con la gracia de Dios, a la que nos acogemos humildemente. En este espíritu de confianza en Dios, os digo a cada uno de vosotros: El Señor te dé la paz. E imbuidos por este don, el espíritu nos impulsará a decir:

"Señor, hazme instrumento de tu paz!

Fraternalmente



fr. John Corriveau
Fr. John Corriveau, OFMcap
Ministro General

Roma 23 de febrero de 1995